

SOBRE LA EVOLUCIÓN DEL EXCEDENTE ECONÓMICO *

Paul A. Baran

(Universidad de Stanford, California)

Sin incurrir en ninguna sobresimplificación ilícita, sino meramente centrando la atención en lo que parecería ser un factor de importancia estratégica, puede considerarse que la tasa y dirección del desarrollo económico de un país en cualquier época dada depende de la magnitud y del modo de utilización de su excedente económico. Seguramente, no hay definición exacta de la noción de “excedente económico”, ni existe un método fácil de aplicar para medirlo. En sus términos más amplios y sencillos, el excedente económico es esa porción del producto agregado *no* absorbida por el consumo de los productores directos de la sociedad y por la reposición ordinaria de sus medios de producción. Está, pues, disponible para una multiplicidad de otros propósitos: la inversión neta en la expansión de las facilidades productivas, los gastos educativos y culturales, el mantenimiento de aparatos religiosos y militares y por último, pero con no menor importancia, el consumo de las clases sociales que están en posición de apropiarse el excedente económico con base en la fuerza de su propiedad y/o de su control sobre los medios de producción. Encuentro conveniente, para propósitos de análisis, distinguir entre lo que podría llamarse el excedente económico *real* y el *potencial*. El primero es aquella porción del excedente económico que es ahorrada *realmente*, es decir, utilizada para la inversión o acumulada en la forma de existencias de todas clases. El segundo es aquella proporción del producto corriente que *podría* dedicarse a la inversión para el desarrollo económico (o a otros propósitos socialmente deseables), si la producción estuviera racionalizada de tal modo que se hiciera pleno uso de las fuerzas productivas accesibles en la etapa alcanzada del desarrollo histórico, y si la utilización del producto agregado estuviera racionalizada de tal modo que se eliminaran los despilfarros y el consumo no esencial.

La magnitud del excedente económico como un todo, el grado hasta el cual se convierte en “real” o permanece “potencial” y los usos específicos a que ambas porciones se dirigen están determinados y a su vez determinan el grado de desarrollo económico de las fuerzas productivas, la correspondiente estructura de las relaciones socio-económicas, y el sistema de apropiación del excedente económico que esas relaciones implican.¹

* Colaboración especial para el número 100 de EL TRIMESTRE ECONÓMICO. Versión al castellano de Fernando Rosenzweig.

¹ Ciertamente, como Marx lo ha señalado, “la forma económica específica en que se arran-

En condiciones de baja productividad, el producto corriente tiende a ser absorbido por el consumo corriente. "Si los hombres no fuesen capaces de producir en una jornada de trabajo más medios de subsistencia, es decir, en el sentido estricto de la palabra, más productos agrícolas de los que necesita cada obrero para su propia reproducción, es decir, si el despliegue diario de toda su fuerza de trabajo sólo bastase para crear los medios de subsistencia indispensable para cubrir sus necesidades individuales, no podría hablarse en modo alguno ni de producto sobrante ni de plusvalía."²

Puede no haber existido etapa alguna en la historia, desde la terminación del período del salvajismo, en la que el esfuerzo productivo de la sociedad no haya generado *ningún* excedente económico. En la edad neolítica, "la agricultura de subsistencia —el cultivo parcelario y la cría de ganado— completa los productos de la caza y de otras actividades recolectoras, y cualquier clase de agricultura, por rudimentaria que sea, hace posible y ciertamente requiere la producción de un excedente social regular, aunque diminuto"³ De hecho, en el año 3000 a. c., "la monarquía faraónica en el valle del Nilo y los estados teocráticos sumerios en el delta del Tigris-Éufrates ya disponían de un gigantesco excedente, derivado del cultivo de riego de los fértiles aluviones". Y en la edad de bronce (la primera mitad del segundo milenio a. c.) el volumen del excedente revestía al parecer grandes proporciones.⁴

Para estar en lo cierto, cualquier excedente económico que se haya generado sobre la base del bajo producto total de las economías primitivas fue el resultado de los niveles de consumo, más bajos todavía. Esos niveles no sólo llegaron casi al mínimo fisiológico de subsistencia, sino que las cantidades de provisiones que constituían ese mínimo eran marcadamente inferiores a los que se han logrado en la historia posterior.⁵

ca al productor directo el trabajo excedente no retribuido, determina la relación de gobernantes y gobernados, tal como brota directamente de la producción y actúa a su vez sobre ella como elemento determinante... Es siempre la relación directa de los propietarios de los medios de producción con los productores directos la que revela el secreto más recóndito, la base oculta de toda la estructura social... La forma de esta relación entre gobernantes y gobernados corresponde siempre, naturalmente, a una fase definida en el desarrollo del trabajo y de su productividad social. Lo cual no impide que la misma base económica —la misma, en cuanto a sus condiciones fundamentales— pueda mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones." *El Capital*, vol. III, p. 919 (Edición inglesa Kerr). (El autor de este trabajo cambió algunas palabras donde le pareció inadecuada la traducción.) (El presente texto fue compulsado con la versión castellana de Wenceslao Roces, *El Capital*, tomo III, vol. II, p. 917, edición del Fondo de Cultura Económica, México 1947.)

² *Idem.*, p. 912 (correspondiente a la p. 911 de la versión de Roces).

³ V. Gordon Childe, "Trade and Industry in Barbarian Europe till Roman Times", *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. II (Cambridge, 1952). p. 2.

⁴ "Teniendo en cuenta los pesados costos, en trabajo social, de la extracción, el transporte y el beneficio de los metales, su empleo regular presupone la disponibilidad de un considerable excedente social." V. Gordon Childe, *op. cit.*, p. 11.

⁵ Véase Raymond Firth, *Primitive Polynesian Economy* (Londres, 1939), pp. 32 ss.: una

Pero aun en semejantes condiciones —como lo sugiere la observación de las sociedades primitivas contemporáneas— el excedente utilizado productivamente era pequeño, y la “inversión neta” escasa en extremo.⁶ El lento crecimiento de las existencias de bienes durables de que disponían las economías primitivas se debió sin duda, en buena medida, a la frecuente repetición de desastres y guerras que destruían cualesquier activos que hubiesen sido formados; no menor y quizá más importante fue la continua absorción de una gran porción del excedente para diversos propósitos improductivos. De acuerdo con el profesor Childe, en 3000 a. c., mucho de él fue para “afrontar las demandas insaciables de los gobernantes orientales de sustancias mágicas, metales para los armamentos y una lista siempre creciente de materiales para el ritual, la pompa y el lujo.”⁷

Marca la historia subsecuente un crecimiento continuo del excedente económico. La antigüedad griega a partir de la edad de Homero, pero en particular su período “clásico”, experimentó un gran incremento en la productividad, que afectó no sólo a la agricultura sino también a las artesanías y la navegación. El aumento de la productividad permitió la ocupación de esclavos y al mismo tiempo se basó esencialmente en ella. “El esclavo era inútil para los bárbaros de la etapa inferior... La fuerza humana de trabajo en esta etapa no rendía aún un excedente notable sobre su costo de mantenimiento. Con la introducción de la cría de ganado, el laborío de los metales, el tejido y, finalmente, del cultivo en campos, esta situación cambió... Hizo falta más gente... los cautivos tomados en la guerra resultaron útiles justamente para este propósito, y de ese momento en adelante fueron criados igual que el ganado.”⁸

El número de esclavos en el mundo antiguo creció grandemente, y de acuerdo con las estimaciones más conservadoras llegó a ser en fechas tempranas un múltiplo de la población libre. El excedente derivado de ellos fue muy grande. El valor de un esclavo calificado en los siglos v y iv a. c. fue de 100 a 150 dracmas (un dracma equivalía a 6 óbolos).

descripción de la dieta y condiciones de vida en Tikopia, así como M. J. Herkovits, *The Economic Life of Primitive Peoples* (Nueva York, 1940), pp. 246 ss. Ver también la esclarecedora discusión sobre los cambios históricos en los niveles de dieta, en I. A. Richards, *Hunger and Work in a Savage Tribe* (Glencoe, Ill., 1948). No está bien aclarado si los cambios en los niveles de nutrición reflejan los cambios reales en los requerimientos fisiológicos (y psicológicos), o más bien variaciones en los estados de salud, las expectativas de vida, etc. Es posible que los niveles óptimos de nutrición para los seres humanos en la actualidad no difieran mucho de lo que eran hace miles de años, aunque el tamaño del cuerpo humano y, en consecuencia, su necesidad de alimentos parezcan haberse acrecentado significativamente. Cf. Kovalevski, *An outline of the origin and development of family and property*, Cuarta conferencia.

⁶ “En la comunidad primitiva, el ahorro es de importancia menor... pero puede identificarse como el ‘capital natural’ en plantas y animales domésticos, especialmente ganado.” Raymond Firth, *op. cit.*, pp. 9 ss.

⁷ Gordon Childe, *op. cit.*

⁸ F. Engels, “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”; Marx y Engels, *Obras Escogidas*, Moscú, 1949. vol. II.

El ingreso neto derivado de "operar" un esclavo era de un óbolo diario, de modo que, suponiendo un año de 300 días de trabajo, del 30 al 50% del precio de compra se recuperaba en un año.⁹

El incremento de la productividad y del producto total se encontraba por entero fuera de proporción con las privaciones impuestas a los esclavos y con el volumen del excedente así asegurado. "Los antiguos no pensaron en transformar el producto excedente en capital, y si esto tuvo lugar fue en muy pequeña escala. La acumulación extensiva de tesoros, en el sentido más estricto de esta palabra, testimonia la cantidad de producto excedente que se mantenía ociosa. Gran parte del producto excedente se utilizaba improductivamente en creaciones artísticas, objetos del culto religioso y obras públicas. Era aún menor su producción orientada hacia el desenvolvimiento de las fuerzas productivas materiales: la división del trabajo, la maquinaria y la utilización de las fuerzas de la naturaleza y de la ciencia para la producción privada. En todos aspectos, jamás pasaron más allá del trabajo artesanal. La riqueza que crearon para el consumo privado era, en consecuencia, relativamente pequeña aunque parece grande porque se concentraba en pocas manos que, por cierto, jamás supieron qué hacer con ella. Por lo tanto...había consumo excesivo por parte de los ricos, un consumo excesivo que en los últimos días de Grecia y Roma asumió las proporciones de un desenfreno absurdo."¹⁰ La existencia de sacerdotes y guerreros profesionales, mantenidos con el producto de sus comunidades, se registra en números considerables a partir del comienzo de la barbarie.¹¹

Lo que es cierto de la Grecia antigua se aplica también a Roma. Con la expansión de la esclavitud hasta alcanzar su clímax, el producto agregado en Roma sobrepasó con mucho al que se obtuvo aun en la Grecia de Pericles. Sin embargo, las condiciones de vida no sólo de los esclavos sino de las clases inferiores en general se mantuvieron abatidas hasta casi los niveles primitivos. "(La) división de la sociedad determinó que las grandes masas del imperio (romano) jamás probaran los frutos de su trabajo...A causa de que la riqueza estaba concentrada en la cúspide, el cuerpo de la sociedad padecía de subconsumo crónico."¹² Sin embargo, el excedente económico *real* era muy pequeño.

⁹ J. Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt* (Leipzig, 1886).

¹⁰ Marx, *Theorien über den Mehrwert* (Berlín, 1923), vol. II, parte 2, p. 310 (versión de Wenceslao Roces, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Fondo de Cultura Económica, tomo II, México, 1944).

¹¹ Sin embargo, refiriéndose a la barbarie, Engels observa "la degeneración de la antigua lucha intertribal en irrupciones sistemáticas, por tierra y por mar, con el propósito de capturar ganado, esclavos y tesoros, como medio regular para ganarse la vida", *op. cit.* En este extremo, los guerreros profesionales dejan de desangrar los recursos de su comunidad, y "se ganan la vida" mediante trabajo "productivo".

¹² F. W. Walbank, *The Decline of the Roman Empire in the West* (Londres, 1948), p. 26.

La gran diferencia entre el excedente potencial y el real la absorbían el proverbial consumo excesivo de los ricos y la multiplicidad también proverbial de gastos improductivos. Recurriendo otra vez al profesor Walbank: "Las ciudades mismas, con sus elaborados edificios públicos, foros, baños, anfiteatros, circos, estatuas, columnas y arcos triunfales, tribunales y templos, junto con los festivales, los banquetes y todos los tremendos atavíos exteriores de la vida romana, tendían a exagerar el contraste entre las comodidades del ciudadano y las fatigas de los habitantes del campo. Sin embargo, el lujo de aquél sólo podía adquirirse gracias al esfuerzo de éstos; la alternativa de multiplicar la riqueza mediante un avance decisivo de la técnica no se armonizaba con el *ethos* de la civilización antigua. Si exceptuamos algunos medios tales como la rueda de moler, o el invento del fuelle de válvula en el siglo iv de nuestra era, que hizo posible por primera vez la fundición, el nivel de la técnica bajo el imperio, jamás sobrepasó el que ya había alcanzado en el Egipto Helénico."¹³

En verdad, la abundancia y baratura de los esclavos embotó cualquier iniciativa encaminada hacia la innovación técnica y el progreso. Los esclavos no servían nada más como trabajadores que manejaban los medios de producción disponibles; ellos mismos eran medios de producción. Como tales, eran muy superiores a los animales y a las herramientas inanimadas que entonces se conocían, y la utilización de los esclavos constituyó por sí mismo un progreso considerable, en comparación con prácticas anteriores. En palabras de Engels: "No tenemos más remedio que decir, por paradójico y por herético que ello pueda parecer, que la implantación de la esclavitud representó, en las circunstancias de aquel entonces, un gran progreso. . . Representó un progreso aun para los esclavos: por lo menos, permitió a los prisioneros de guerra, entre los que se reclutaba la gran masa de los esclavos, conservar la vida, en lugar de ser muertos como antes o quemados en la hoguera, como en un período más primitivo."¹⁴

Sin embargo, la misma superioridad de los esclavos respecto a los animales y a las herramientas inanimadas —su capacidad humana de pensar, sentir y reaccionar— tendía a limitar y eventualmente a destruir su utilidad. Ya en los tiempos de Homero había quejas sobre la productividad menguante de esclavos renuentes a esforzarse por sus amos,¹⁵ y toda la historia griega y romana se señala por las fugas de esclavos

¹³ "Trade and Industry under the later Roman Empire in the West", *The Cambridge Economic History of Europe*, vol. II (Cambridge, 1952), p. 50.

¹⁴ *Anti-Düring* (Nueva York, 1939), pp. 200 ss. (versión castellana de Wenceslao Roces, Ediciones Fuente Cultural, México, p. 189).

¹⁵ "... los siervos, así que el amo deja de mandarlos, no quieren trabajar como es debido; que el longevidente Zeus le quita al hombre la mitad de su virtud el día que cae esclavo", *La Odisea*, Rapsodia XVII. (Edición de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1921.)

en números mayores o menores, y por las insurrecciones de esclavos que asumían proporciones cada vez más grandes.¹⁶

En los últimos días de la Hélade, igual que en Roma a partir del siglo I, disminuyó constantemente el excedente obtenible con la ocupación de esclavos. El deterioro de las capacidades económicas y las fricciones políticas intensas causadas por el malestar de la población esclava redujeron grandemente la fuerza externa, militar, de las sociedades propietarias de esclavos. Esto condujo a su vez a que disminuyera la capacidad de éstas para adquirir esclavos *nuevos*, que normalmente se procuraban mediante guerras victoriosas contra los llamados bárbaros. La escasez de esclavos estimuló cada vez más la disposición de los dueños de esclavos de permitir a éstos contraer matrimonio y formar familias. Aun así, los números adicionales logrados fueron insuficientes para colmar el hueco. Y el resultado fue no sólo un aumento en el precio de los esclavos, sino también una elevación considerable en su costo de mantenimiento. La reducción del excedente que rendía la propiedad de esclavos bajo tales circunstancias condujo a los propietarios a manumitir esclavos en tan gran escala que el gobierno se vio obligado a introducir límites legales. "Claramente, se estaba socavando la base económica de la industria antigua; y los resultados inmediatos fueron desastrosos para los centros industriales más viejos."¹⁷

Los resultados no fueron diferentes en la agricultura. La economía latifundista, basada en una amplia oferta de esclavos baratos, dejó de ser lucrativa, y como era imposible introducir máquinas inanimadas en lugar de las vivas, en aquella etapa del desarrollo de las fuerzas productivas, resultó inevitable la regresión a la agricultura en pequeña escala. Las grandes propiedades se parcelaron y se arrendaron en pequeñas fracciones a ocupantes hereditarios que pagaban como arriendo una suma fija, *a partiaraii* que recibían un sexto, o aun sólo un noveno, del producto del año por su trabajo, o bien *a coloni* que pagaban anualmente una suma fija, estaban arraigados en la tierra y podían ser vendidos junto con sus parcelas. Anunciadoras de la servidumbre medieval, estas instituciones del arrendamiento, la aparcería y el colonato establecieron las bases para el subsecuente desarrollo del feudalismo y para la evolución de un nuevo sistema de generación y detención del excedente económico por las clases dominantes.

El fin de la Antigüedad quedó, pues, señalado por "el empobrecimiento universal; la decadencia del comercio, las artes y la población; la rui-

¹⁶ Tucídides consigna la fuga a Esparta de veinte mil esclavos muy aptos, durante la Guerra del Peloponeso. Esta defección dañó seriamente la economía de Atenas, y contribuyó a su eventual derrota. Por otra parte, Esparta se vio obligada a consagrar gran cantidad de energías a la vigilancia y supresión de los ilotas, que hervían en un continuo malestar.

¹⁷ F. W. Walbank, "Trade and Industry under the Later Roman Empire in the West", *loc. cit.*, p. 53.

na de las ciudades; la regresión de la agricultura a una etapa inferior".¹⁸ Sin embargo, la transición de la esclavitud a la servidumbre, que entonces tuvo lugar, constituyó un punto de referencia importante en el desarrollo económico y social. Arraigado en forma permanente a una parcela que debía cultivar, se dejaba al colono que se esforzara lo más que pudiera para obtener un producto máximo. Para estar seguros, los impuestos múltiples y opresivos, las gabelas y exacciones le robaban la mejor parte del producto de su trabajo; con todo, la magnitud de ese producto era lo que determinaba ahora la magnitud de su propio ingreso. La admisión de una cierta medida, aunque tan limitada, de incentivo individual constituyó indudablemente un paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas. Creó las condiciones para una marcada expansión del producto agregado, lo que a su vez se convirtió en base para la formación y consolidación del orden feudal.

El desarrollo de las fuerzas productivas bajo el feudalismo fue un proceso muy lento. Fue casi imperceptible en cualquier momento dado, y jamás estuvo asociado con innovaciones espectaculares, con grandes y definidos avances en la técnica y en la productividad, o con impulsos notables en la agricultura o en la industria. Los progresos que se plasmaron aparecieron en la forma de mejoramientos graduales en la técnica agrícola, una expansión constante del área bajo cultivo, nuevos talleres artesanales, una creciente cantidad de pequeños establecimientos manufactureros, un número cada vez mayor de buhoneros, artesanos y demás. Fueron en verdad tan pequeñas las tasas de avance que muchos estudiosos del período feudal han tendido a pasarlas por alto, y a considerar al período en su conjunto como de cabal estancamiento.

Sin embargo, en realidad el incremento del producto total que se logró aproximadamente después del siglo ix fue de tal tamaño que proporcionó en el curso de los cuatro o cinco siglos subsiguientes no sólo una mejoría significativa en las condiciones de vida de los siervos —mejoría, hay que aclarar, respecto de la situación de los esclavos en la Antigüedad—, sino también un fuerte aumento del excedente económico. En verdad, el orden feudal no constituyó otra cosa que un arreglo socioeconómico muy complejo, altamente rutinario y elaboradamente racionalizado para extraer el excedente económico de los productores directos.

El excedente económico del que se apoderaban las clases dirigentes de la sociedad feudal (seculares y eclesiásticas), basadas en la fuerza de los derechos y obligaciones prevalecientes —que se derivaban de las relaciones de producción existentes y de coacciones extraeconómicas—, se veía aumentado considerablemente por las exacciones de la

¹⁸ Engels, *El origen...*

Iglesia actuando como Iglesia y no como propietaria feudal, por los impuestos y gabelas exigidos por los gobiernos centrales y por las acumulaciones en manos de la creciente clase de los mercaderes. En realidad, muchas de las fortunas eclesiásticas y mercantiles que se amasaron en la Edad Media constituían meramente una transferencia del excedente de manos de los beneficiarios directos del orden feudal a las de monasterios, órdenes religiosas, negociantes, prestamistas y patricios urbanos. Otra parte consistía en riqueza producida en el exterior y apropiada mediante robo abierto, o por la imposición de los términos más perjudiciales al comercio de los extranjeros. En todo caso, una parte muy considerable de esta riqueza constituía un excedente adicional, exprimido a los productores directos en el curso de las operaciones de comercio y préstamos.

El modo de utilización de este excedente no se diferenciaba mucho, en esencia, del que hubo en la Antigüedad. En palabras de Pirenne, "...los primeros siglos de la Edad Media parecen haber ignorado por completo el poderío del capital. Abundan en ricos propietarios territoriales, en prósperos monasterios, y llegamos a cientos de santuarios cuyos tesoros, proporcionados por la generosidad de los nobles o los ofrecimientos de los fieles, cubren los altares con ornamentos de oro o de plata maciza. Una fortuna considerable se acumula en la Iglesia, pero es una fortuna ociosa. Las entradas que obtienen los terratenientes de sus siervos o de sus arrendatarios no se encaminan hacia progreso económico alguno. Se dispersan en limosnas,¹⁹ en la construcción de monumentos, en la compra de obras de arte o de objetos preciosos que pudiesen servir para aumentar el esplendor de las ceremonias religiosas. La riqueza, el capital, si así se le puede llamar, queda fija e inmóvil en manos de una aristocracia sacerdotal o castrense".²⁰

Tampoco las riquezas que acumulaban los mercaderes y usureros se dirigían hacia la inversión en facilidades productivas. Si bien los aumentos de producto que se alcanzaron entre los siglos xi y xv constituyeron la base indispensable para la expansión del comercio, el desarrollo de las ciudades y la proliferación de las acumulaciones mercantiles, sin embargo apenas puede atribuirse a estas acumulaciones la promoción del progreso económico. "¡Cuán distintos eran los Boinebrokes de Douai, y los Bardi y los Accioli de Florencia, de los empresarios ingleses del siglo xviii! Aquellos capitalistas más tempranos tenían intereses comerciales no especializados; mantenían estrechas asociaciones financieras con los principales señores del feudalismo; no se

¹⁹ En la medida en que las limosnas se convirtieron en un importante elemento del consumo de las masas, representaron "pagos de transferencia" a deducir del excedente económico potencial de que se apropiaba la Iglesia. Esto me lo hizo notar el profesor Simon Kuznets.

²⁰ H. Pirenne, "The Stages in the Social History of Capitalism", *The American Historical Review*, 1914, p. 500.

inclinaban a invertir en la producción industrial o agrícola.”²¹ Lo que no gastaban en la erección de residencias urbanas palaciegas, en el despliegue de lujo, dentro de un tren de vida disipado, iba a acrecentar sus operaciones comerciales y financieras, y en particular a préstamos a los señores feudales (y más tarde a los campesinos), préstamos que se relacionaban más con el consumo que con la inversión productiva.

De modo que en la Edad Media la aglomeración de un gran volumen de excedente económico, aun en las manos de mercaderes y financieros que se apoyaban en la maximización de sus ganancias, no condujo a nada semejante al desarrollo de las fuerzas productivas que se alcanzó en los siglos xvii y xviii. Lejos de poder abrirse paso a través de la “solidez y articulación interna” (Marx) de la sociedad feudal, estos capitalistas constituían parte integrante de ella. “Las grandes concentraciones de capital mercantil y los complicados mecanismos de crédito y cambio fueron un rasgo nuevo de los siglos xiii y xiv... Los agentes humanos de este desarrollo fueron aquellos grandes mercaderes, cuya flor y nata estuvo en los banqueros italianos. Sin embargo, y a pesar de su notorio poder como financieros internacionales, se adaptaron a la estructura social existente, igual que sus ancestros de los siglos xi y xii. La diversidad misma de sus intereses como banqueros, prestamistas y comerciantes, y en cualquier tipo de mercancías, los volvió más adaptables, tanto política como socialmente, dentro de los círculos dirigentes feudales. Puesto que tales dirigentes constituían el principal mercado de las mercancías de lujo y los receptores de los préstamos privados y gubernativos.”²² Esta actitud de los “príncipes del dinero” medievales no era contraria a sus intereses concebidos racionalmente. Como lo señaló E. J. Hobsbawm, “la experiencia de los siglos había enseñado que las ganancias mayores no se desprenderían del progreso técnico, ni siquiera de la producción. Se habían adaptado a las actividades de negocios en el campo comparativamente estrecho que quedaba para ellos, una vez puesta de lado la mayoría de la población de Europa como ‘económicamente neutral’.”²³ Si gastaban el dinero improductivamente, pudo deberse simplemente a que no había campo para invertirlo de modo progresista en ninguna escala, dentro de los límites de este sector capitalista.”²⁴

El gran volumen del excedente económico y la exigüidad de la inversión en facilidades productivas abrieron una ancha grieta entre el excedente económico potencial y el real. Los castillos y palacios,

²¹ R. H. Hilton, “Capitalism — What’s in a Name?”, *Past & Present*, Nº 1 (febrero de 1952), p. 41.

²² R. H. Hilton, *op. cit.*, pp. 37 ss.

²³ (Es decir, que vivía dentro de los confines de una “economía natural” y no participaba del todo, o muy poco, en el comercio exterior y nacional. P. A. B.)

²⁴ “General Crisis of European Economy in Seventeenth Century”, *Past & Present*, Nº 5 (mayo de 1954), pp. 42 ss.

las catedrales e iglesias que aún sobreviven de esos días son las huellas de esa grieta, en no menor medida que los grandes gastos en empresas eclesiásticas y militares consignados en la historia de la Edad Media.

Nos alejaría demasiado de nuestro campo intentar seguir en todos sus detalles el lento y complicado proceso de descomposición del orden feudal y de transición del feudalismo al capitalismo.²⁵ Si bien esta transición constituyó el resultado de una profunda crisis de la sociedad feudal, debemos tener el cuidado —hay que repetirlo— “de evitar el argumento de que una crisis general equivale a un retroceso económico, argumento que ha enturbiado muchas de las discusiones sobre la crisis feudal de los siglos xiv y xv”.²⁶ Ya que, por el contrario, fue en los últimos siglos de la Edad Media, cuando el orden feudal pasaba por su crisis más grande, fatal, cuando llegó a su cenit el desarrollo más importante y progresista que brotara jamás de los pliegues de una sociedad feudal: el surgimiento y expansión de las ciudades. Si bien casi todas las ciudades existían desde épocas anteriores, y databan de hecho desde los días romanos, en su forma feudal asumieron un carácter por completo diferente. Dejaron de ser centros puramente administrativos, militares y eclesiásticos; se convirtieron en asiento de la creciente industria artesanal y del comercio.²⁷

El desarrollo de la industria artesanal y de las ciudades, iniciado entre los siglos ix y xi, y que continuó, si bien desigualmente, a lo largo de la historia del feudalismo, constituyó, sin embargo, un simple reflejo del progreso realizado en la economía agrícola, aun por entero dominante. “Si la población no hubiese sido más numerosa que antes, y si el área bajo cultivo no se hubiese extendido más; si los campos, labrados por un número mayor de brazos y, lo que es de más importancia, arados más frecuentemente, no hubieran sido capaces de rendir cosechas más abundantes y más numerosas, ¿cómo se podían haber congregado en las ciudades tantos tejedores, tantos teñidores, tantos trabajadores textiles, y haberlos alimentado a todos?”²⁸ Ciertamente, fue la expansión de la producción agrícola lo que permitió el surgimiento de la primera gran división del trabajo, fundamentalmente importante: entre la agricultura y el artesanado, entre el campo y la

²⁵ Estimulados por una analogía histórica, obviamente sugestiva, varios escritores han presentado recientemente análisis sobre ese período. Cf., además de *Studies in the Development of Capitalism* (sobre todo el capítulo ii), de Maurice Dobb, y “The transition from Feudalism to Capitalism”, de Paul M. Sweezy, en *Science & Society*, primavera de 1950; Maurice Dobb, “A Reply”, *ibid*; H. K. Takahashi, “The Transition from Feudalism to Capitalism”, *Science & Society*, otoño de 1952, así como la discusión subsecuente en la misma revista. También son de interés varios artículos en *Past & Present*.

²⁶ E. J. Hobsbawm, *op. cit.*, p. 33.

²⁷ E. A. Kosminsky y S. D. Skazkin (editores), *Istoriya Srednikh Vekov* (Historia de la Edad Media”, vol. I (Moscu, 1952), capítulo 10.

²⁸ Marc Bloch, “La Société Féodale”, *La formation des Liens de Dépendance* (París, 1949), p. 113.

ciudad.²⁹ Una vez que esta división del trabajo revistió proporciones apreciables, resultó inevitable el desarrollo del comercio. No sólo los señores feudales, sino también los campesinos, empezaron a vender algo de sus productos agrícolas para comprar artículos manufacturados por los artesanos de las ciudades; aparecieron los intermediarios en el cambio —los mercaderes— en números cada vez más grandes; su poder económico, su función y sus conexiones financieras aumentaron notablemente; las ciudades se volvieron los puntos nodales del creciente comercio.

Sin embargo, de ello no se sigue que el alcance cada vez más amplio del comercio, nacional e internacional, extendió su influencia mucho más allá de las fronteras de la sociedad feudal, o que fue decisivo para provocar la descomposición del orden feudal.³⁰ En palabras de Marx, “el desarrollo del comercio y del capital comercial hace que la producción se vaya orientando en todas partes hacia el valor de cambio, que aumente el volumen de aquélla, que se multiplique y adquiera un carácter cosmopolita; desarrolla el dinero hasta convertirlo en dinero universal. Por consiguiente, el comercio ejerce en todas partes una influencia más o menos disolvente sobre las organizaciones anteriores de la producción, las cuales se orientaban primordialmente, en sus diversas formas, hacia el valor de uso. Pero la medida en que logre disolver al antiguo régimen de producción dependerá primeramente de su solidez y de su estructura interior. Y el sentido hacia el que este proceso de disolución se encamine, es decir, los nuevos modos de producción que vengan a ocupar el lugar de los antiguos, no dependerá del comercio mismo, sino del carácter que tuviese el régimen antiguo de producción”.³¹

Ese antiguo modo de producción, y el orden social y político en él basado, trabajaron intensamente sometidos a las tensiones y esfuerzos de su propio desarrollo. Actividades militares incesantes marcan los tres siglos finales de la Edad Media: luchas entre señores feudales y grupos de señores feudales, cruzadas y grandes guerras, una tras otra en sucesión interminable. Centradas abiertamente en la codicia de nuevos territorios (dentro de cada país la tierra aún no apropiada por alguien era cada día más escasa), en el saqueo o el fortalecimiento del

²⁹ Cf. Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie*, pp. 405-406 (Berlín, 1953.)

³⁰ “Debemos cuidarnos de caer en exageraciones. Deben introducirse con todo cuidado en el cuadro matices dependientes de regiones y clases. Vivir de lo propio habría de permanecer por siglos enteros como un ideal —raras veces alcanzado— de muchos campesinos y de la mayoría de las aldeas. Por otra parte, la profunda transformación de la economía siguió un ritmo demasiado lento.” Marc Bloch, *op cit.*, p. 114.

³¹ *El Capital*, vol. III, p. 390 (edición Kerr). (El autor compulsó la traducción con el texto original en alemán e hizo cambios cuando aquélla le pareció inadecuada.) El presente texto fue compulsado con la versión castellana de Wenceslao Roces, *El Capital*, tomo III, vol. I, pp. 399-400).

poder, o bien racionalizadas como necesarias por sentimientos religiosos, consideraciones de honor u orgullo, o por sed de venganza, estas guerras reclamaban un volumen siempre creciente de recursos. La expansión del uso del dinero, lo mismo como medio de pago que para su acumulación, resultante de la creciente separación del artesanado respecto de la agricultura, hizo posible imponer cargas cada vez más pesadas sobre los campesinos. La necesidad de financiar las guerras promovió la sustitución de las rentas en especie por las rentas en dinero, y estimuló la introducción y recaudación de una amplia variedad de impuestos directos e indirectos, derechos, gabelas y gravámenes.

Esforzándose por “acrecentar la renta feudal a fin de mantener sus posiciones como dirigentes, contra sus numerosos rivales igual que contra sus explotados súbditos”,³² los señores feudales pusieron en movimiento toda una multitud de fuerzas contradictorias. Así, su necesidad de dinero los obligó a respetar, por lo menos en una cierta medida, las libertades de las ciudades: importantes fuentes de ingresos por impuestos y empréstitos. Los indujo a permitir que los siervos compraran su libertad y emigraran a las ciudades, y condujo a que se extendiera el “escapismo” entre los siervos, para librarse del yugo feudal y encontrar ocupación en el mercado urbano de mano de obra. Esto aceleró el desarrollo de las ciudades, y las proveyó de fuerza de trabajo abundante y barata. Paralelamente, las operaciones de préstamo que concertaban los señores feudales con los burgueses contribuyeron a la acumulación de riqueza en manos de éstos y al fortalecimiento del poder del patriarcado urbano.

Pero los señores feudales, al alentar en estas formas el desarrollo de las ciudades, socavaron su propia posición. No sólo se endeudaron fuertemente con los patricios urbanos, y a menudo se vieron obligados a transferir tierras —base de su poder económico, social y político— a fin de afrontar sus obligaciones; también el creciente atractivo de las ciudades impartió continuado ímpetu al “escapismo” de los siervos, fuente primaria de la renta feudal. Esto a su vez obligó a los señores feudales a depender más fuertemente de los recursos financieros de las ciudades, y las relaciones entre la aristocracia feudal y las ciudades se hicieron cada vez más tensas y cargadas de conflicto. “Los esfuerzos de los feudales para arrancar a las ciudades tanto ingreso como fuera posible condujo inevitablemente a una lucha entre la ciudad y los señores.”³³ En todo caso, lo decisivo en este conflicto fue que los enemigos de los señores ganaron en fuerza y cohesión. “En esta lucha cristalizó la estructura de la ciudad; los elementos dispersos que constituían la

³² R. H. Hamilton, “The Transition from Feudalism to Capitalism”. *Science & Society*, otoño, 1953, p. 345.

³³ E. A. Kosminsky y S. D. Skazkin (editores), *op. cit.*, p. 266.

población de las ciudades en sus comienzos, se organizaron y consolidaron.”³⁴

La aristocracia feudal, por otra parte, se debilitaba cada vez más. Las continuas guerras, las cruzadas y posteriormente la Guerra de Cien Años entre Francia e Inglaterra mermaron considerablemente sus filas. La creciente riqueza de los patricios urbanos y el creciente endeudamiento de los latifundistas feudales intensificó la penetración de las filas feudales por arribistas urbanos, penetración que redujo grandemente la solidaridad y el notable poder de la aristocracia feudal. Y lo que fue todavía más fatal: la severidad de la explotación de los trabajadores del campo provocó rebeliones campesinas. Embriónicas en los siglos XII y XIII, esas rebeliones asumen un alcance y ferocidad crecientes³⁵ en los siglos XIV a XVI, y sacuden los cimientos mismos del orden feudal. Su impacto social y político se vio reforzado por su frecuente coincidencia con el malestar y levantamiento de los pobres de las ciudades.

Esta intensificación de la lucha de clases corroyó toda la fábrica política e ideológica de la sociedad feudal. Socavó la autoridad de la Iglesia, la principal columna ideológica del orden feudal;³⁶ destruyó la disciplina en las aldeas y puso en peligro el orden en las ciudades.³⁷ “¿Tiene algo de sorprendente que la gente mirara su destino, y el destino del mundo, como una sucesión interminable de males? El mal gobierno, las exacciones, la avaricia y la violencia de los grandes, las guerras, el bandidaje, la escasez, la miseria y la peste: a esto, prácticamente, se reducía la historia contemporánea a los ojos del pueblo. El sentimiento general de inseguridad que emanaba del carácter crónico que las guerras solían adoptar, de la amenaza constante de las clases peligrosas y de la desconfianza en la justicia, se agravaba todavía más por la obsesión de la proximidad del fin del mundo y por el temor al infierno, a los brujos y al demonio.”³⁸

Se apoderó así de las clases directoras de la sociedad feudal un sentido de ineficacia y desaliento —el presagio usual de la ruina inminente—,³⁹ y dio la tónica de su fase final. Para citar una vez más al

³⁴ *Idem.*

³⁵ “Del año 1400 en adelante no tienen término las quejas sobre la suerte de los campesinos, saqueados, exprimidos, maltratados por bandas de enemigos o amigos, robados de su ganado, expulsados de sus hogares”, J. Huizinga, *The Waning of the Middle Ages* (Londres, 1937), p. 51.

³⁶ “La oposición revolucionaria al feudalismo aparece dependiente de las condiciones que prevalecían en una época dada, como el misticismo, la herejía abierta o la rebelión armada.” Engels, *Der Deutsche Bauernkrieg* (“Las guerras campesinas en Alemania”) (Berlín 1925), p. 36. (El profesor Baran tradujo el pasaje del alemán al inglés.)

³⁷ “Predicadores, moralistas, escritores satíricos, cronistas y poetas hablan todos con una misma voz. El odio a los ricos, y en especial a los nuevos ricos, que eran muy numerosos, es general.” J. Huizinga, *idem.* p. 19.

³⁸ J. Huizinga, *idem.* p. 21.

³⁹ “La nota de desesperanza y melancolía no sonaba tanto entre monjes ascetas, sino predo-

profesor Huizinga, “estaba de moda ver sólo sufrimiento y miseria, y descubrir en todas partes síntomas de decadencia y de cercano acabamiento”.

Así, en los términos más generales, fue la exacción de una porción excesivamente grande (y creciente) de un producto absolutamente bajo y que sólo crecía con lentitud, que las clases dirigentes de la sociedad feudal (los terratenientes, la Iglesia y los patricios de las ciudades) arrancaban de sus muy oprimidos productores directos (los campesinos y artesanos), así como la incapacidad cada vez más manifiesta y cada vez más ofensiva de esas clases directoras para disponer por lo menos en forma mínima una utilización racional de lo que se apropiaban, lo que condujo a la crisis económica, social y política y a la subsecuente ruptura del orden feudal.

minantemente entre los poetas y cronistas de la corte, legos que vivían en círculos aristocráticos y en medio de ideas aristocráticas.” J. Huizinga, *idem*, p. 23.